

La tiranía del hombre verde apresado por la modernidad capitalista

La racionalidad moderna vigente se caracteriza entre otras cosas por imaginar al hombre como separado de la naturaleza. Se da lugar así a la idea de que el sujeto es diferente y superior a toda otra forma de vida (considerada simple *entorno*). Esta concepción atraviesa a instituciones y prácticas occidentales en conjunto. ¿Pueden los movimientos *ambientalistas*, por su parte, cambiar verdaderamente algo en tanto no superen el antropocentrismo?

Ideas como *preservación del medio ambiente* (o *ambientalismo*), *defensa del entorno natural*, *ecología*, entre otras, son frecuentemente invocadas para designar la lucha comprometida por condiciones sanas de subsistencia para las sociedades.

Sin embargo, cada uno de estos conceptos encierra en su médula, sin poder superar, el supuesto de la separación entre hombre y naturaleza, como si una y otra fuesen esferas antinómicas, opuestas, irreconciliables. En tanto creador de cultura el sujeto de hoy se imagina incontaminado de las esencias primitivas propias a lo natural. Se piensa en lo más íntimo de su condición humana como ajeno, externo y sustancialmente diferente a su *entorno*. Y actúa en consecuencia, pretendiendo dominio o al menos autoridad sobre él.

La historia de esta escisión es tan antigua como la modernidad capitalista misma. El nacimiento del cúmulo de representaciones constitutivo de ella ha implicado, entre otras cosas, el autoconcepto de un *señorío blanco* superior a toda otra forma de existencia, animada cuanto no, que pasa ahora a *rodearlo*. Él es el centro, y lo demás simple *entorno*.

De allí el principio de que la naturaleza indómita debía ser sujeta: mensurada, dividida, traducida a mercancía. Lo natural, lo no-europeo, era a partir de entonces factible de conquista y apropiación imperiales.

Desarrollarse como civilización implicaba amoldar todo lo *salvaje* a la propia imagen y semejanza. Cuasi un mandato celestial para el cual occidente articuló las herramientas cognitivas necesarias (matemáticas, ingeniería, ciencias positivistas en general). Es este andamiaje de poder el posibilitador del surgimiento de la propiedad privada.

La emergencia de las ciudades en lo que luego será Europa va a ir gestando un individuo cada vez más alejado de la naturaleza. Ella se queda allí, en las afueras de la aldea, haciéndose más y más inextricable. Será relegada de la vida del hombre para que permanezca lejos de donde duermen al amparo de sus peligros la mujer y los niños. Se la separará de la feria en donde se compran y se venden sus frutos, mutados hasta lo irreconocible por la mano sabia y poderosa.

De esta forma occidente crea un mundo paralelo de maquinarias y objetos que se superponen al mundo natural, "con ciudadanos que dejan de ser meros hombres para ser meras conductas, sin su trasfondo biológico"¹.

Así es como esta cultura se va haciendo *pulcra*. Cuando *descubra* América y se instale aquí —e incluso hasta la actualidad— se diferenciará jerárquicamente del *hediento* hombre originario, que hace su vida casi indisoluble de la tierra y de sus olores no-humanos².

¹ Rodolfo Kusch (1999). *América profunda*. Editorial Biblos. Buenos Aires. p 93.

² Rodolfo Kusch identifica la categoría de opuestos *hedor/pulcritud* como estructura de cognición propia al blanco-ciudadano, generada como fundamento del intento de sepultación de las tradiciones de conocimiento y formas de vida no-occidentales. "[...] el hedor de América es todo lo que se da más allá de nuestra populosa y cómoda ciudad natal. Es el camión lleno de indios [...], y lo es la segunda clase de algún tren y lo son las villas miseria, pobladas por correntinos, que circundan Buenos Aires. Se trata de una aversión irremediable que crea marcadamente la diferencia entre una supuesta pulcritud de nuestra

La ilusión de la modernidad ya dormida

Es por la vigencia de la expropiación desmesurada y brutal de los *recursos naturales* que resulta engañoso postular la muerte de la modernidad. El hombre europeo y/o europeizado sigue siendo el amo que hereda el mandato de organizar la vida del universo. Antes que a la emergencia de una supuesta post modernidad –perspectiva además superficial, esteticista, excesivamente psicologista y tremendamente inmovilizante desde el punto de vista de la participación política- se asiste sí a una acentuación de la lógica productiva ya establecida.

Lo que se produce y cómo se produce (o los medios y las relaciones productivas) innegablemente se han radicalizado. Son más fugaces los tiempos de producción, más efímeros los productos que se generan (de aquí el incentivo al consumo incesante), y se ha impuesto el modelo del *trabajo sin el trabajador*. Esta nueva versión del modelo productivo capitalista requiere necesariamente de toneladas y toneladas de insumos, fragmentos de mundo que son transmutados, empaquetados, rotulados y ordenados para su venta urgente.

Este crecimiento exponencial de la cantidad de mercancía fabricada en nombre del *desarrollo* –ya no del *progreso*-, asimilado a creación de *riqueza*, responde más que nunca a los supuestos filosóficos de la modernidad.

Y acaso no hay otra forma de entender la actual prepotencia del mundo occidental-capitalista³ más que reparando en la escisión hombre – naturaleza.

Por su parte, el *ambientalismo* puede denunciar esta brutalidad, aunque no rompe con el paradigma que le da vida.

parte y un hedor tácito de todo lo americano, más aún, diríamos que el hedor entra como categoría en todos nuestros juicios sobre América, de tal modo que siempre vemos a América con un rostro sucio que debe ser lavado para reafirmar nuestra convicción y nuestra seguridad. [...] La categoría básica de nuestros buenos ciudadanos consiste en pensar que lo que no es ciudad, ni prócer, ni pulcritud no es más que un simple hedor susceptible de ser exterminado. [...]”. Kusch. *Op. cit.* pp. 24 – 27.

³ Llevan esta bandera la Europa rica, Estados Unidos, las regiones emergentes de Asia.

Expresiones como *ecología* y su modelo de defensa del *medio externo* siguen girando en torno a la concepción moderna sujeto / naturaleza, que es centralmente la misma que fundamenta la explotación devastadora de la tierra y de las múltiples formas de vida que la habitan, incluido el propio hombre.

Porque incluso cuando éste llama a cuidar *la naturaleza* lo hace generalmente desde una perspectiva paternalista, todopoderosa al fin. Pues cree que todo depende unilateralmente de lo que él decida o haga (matar o salvar al mundo). No plantea en suma una relación de igualdad, o de comunión indisoluble, o incluso de inferioridad respecto de los ritmos naturales.

Si bien es cierto que los movimientos *ecologistas* tienen una presencia importante, por ahora no parecen llegar a transformar la matriz de saqueo y explotación característica de este tiempo. Antes que transformar lo central del problema cumplen un rol de “barrera de contención” frente a los sucesivos embates de los sectores de poder que arrasan con el *entorno*.

Persisten en no cuestionar el modelo de vida urbano (masificado, *confortable*, alienante, frenético, dependiente del consumo de mercado), a la vez que no hacen camino en lo opuesto (autoproducción comunitaria y consiente). Pueden preocuparse y manifestarse en el espacio público por cuestiones puntuales, pisando el cemento caliente, pero la tierra sigue quedando lejos y en manos de quienes la esclavizan hasta su agonía.

Dicho de otro modo, los movimientos *ecologistas* en general no son capaces de superar el divorcio epistemológico referido. Ni en la acción ni en la simbolización que construyen respecto del tema que los preocupa. La estructura de vinculación con el *entorno* que plantean sigue partiendo de la consideración de éste como configuración objetiva de la que el individuo está disociado por ser diferente a él.

Claro que generalizar y descreer de alternativas, además de ser un error de percepción, es caer en un fatalismo apocalíptico.

Semilla

Es por todo lo anterior que quizá la respuesta a la profunda crisis a la cual es

empujada la naturaleza sea una correspondencia verdadera con ella.

Muchos son los sectores conscientes que genuinamente hoy comienzan a gestar la vida de otra manera, oponiéndose a la cosificación de la existencia. Grupos desalienados que se des-urbanizan. Acaso una de estas experiencias sea el creciente neo-ruralismo *europeo* (¿paradoja, o lógica consecuencia?).

Despiertan, se entretejen, se alejan de lo viejo, amanecen, siembran.

Algunas claves para recrear la comunión sujeto-naturaleza están en las conformaciones socio-culturales de orígenes inmemoriales. El campesinado sudamericano de monte adentro, o los pueblos originarios de las mismas latitudes, por caso.

El vínculo de respeto y agradecimiento de algunos de estos últimos hacia su *pacha* se fundamenta en el sentirse hijo y parte del propio suelo. Por esto es que lo cuidan y le piden permiso para tomar sus frutos.

Incluso las concepciones darwinistas que ven a ellos como elementos residuales del pasado señalan la difusa o ausente separación sujeto – *entorno* ⁴. Claro que este reconocimiento está cargado de una valoración negativa, puesto que dichas sociedades se alejarían del modelo de *normalidad* que se arrojan representar (blanco, ciudadano, ilustrado, “higiénico”, etc.).

Lejos de ser ellos pre-modernos –lo cual supone que *todavía* no llegaron a este estadio superior de la evolución en el cual *nosotros ya estamos* - son, simplemente, no-modernos⁵.

En fin, para trascender el capitalismo neoliberal es necesario desatarse de sus atravesamientos sujetadores. Las enseñanzas de quienes han sabido evitar la razón del mercado y el consumo (y de

quienes ya la trascendieron) pueden orientar la transformación de hábitos, aspiraciones, prácticas culturales.

En el actual estado de cosas impera recuperar la ligazón con la naturaleza íntima. Urge acudir a la austeridad y la sencillez, que no son *pobreza* tal como los sectores poderosos argumentan espantados en defensa de sus privilegios. Quizá sea éste el momento en que el hombre, tras varios siglos de rechazo a su raíz, se reencuentre con una imagen despojada de tanta artificialidad negadora de sí mismo.

⁴ Esto se evidencia por ejemplo en los libros que la escuela hija de la modernidad propone como fuente de conocimiento. En ellos suelen presentarse al *aborígen (sin – origen)* como un elemento indiferenciado del paisaje natural, de la flora, de la fauna o de cualquier otra variable de la geografía física. En suma, hombre no-blanco y naturaleza serían lo mismo. O casi un no-hombre para los parámetros occidentales.

⁵ Por esto el planteo recurrente que sugiere que los pueblos originarios son, o tienen elementos, *ecologistas* es cuanto menos una aberración ontológica, una deformación de la realidad.